

Antropología Social y Cultural año 2022

Unidad III

CULTURA Y SOCIEDAD: PROCESOS DE CLASIFICACION, INTEGRACIÓN Y DIFERENCIACIÓN SOCIAL

- Persona y Sociedad. La transmisión de la cultura en el proceso de socialización, conceptos básicos. Variación intercultural.
- Perspectivas conceptuales en relación a la “identidad social”. La construcción del concepto: posturas y tradiciones objetivistas, subjetivistas, relacionales. Alcances y limitaciones en su aplicación al análisis social.
- Orden social, clasificación y representación de identidades colectivas. Diversas formas de integración, diferenciación y desigualdad. Modelos de identificación nacional: el caso argentino.
- Etnocentrismo, sociocentrismo y construcción del otro: El concepto de raza. Prejuicio, racismo y discriminación.

Bibliografía para esta clase (en concordancia con la bibliografía del Programa de Trabajos Prácticos: CHIRIGUINI, M.C. (2004) “Identidades socialmente construidas”. En: *Apertura a la Antropología*. Proyecto Editorial. Bs. As. y BARGMAN, D. (1997) Homogeneización o pluralidad étnica. En: *V Congreso de Antropología Social*. La Plata, Argentina.)

JULIANO, D. (1992): "Estrategias de elaboración de la identidad". En: Hidalgo y Tamagno (comps.) *Etnicidad e identidad*. Buenos Aires, CEAL.

RATIER, H. (1988): “Indios, gauchos y migrantes internos en la conformación de nuestro patrimonio cultural”. En: *Índice*. N°1, segunda época, Buenos Aires: Centro de Estudios Sociales, DAIA.

Clase 8

Núcleos Temáticos

Identidades sociales, étnicas, étnico/nacionales, enfoques. Modelos de identificación nacional en Argentina desde una perspectiva histórica.

En la clase anterior nos adentramos en la Unidad III del programa de nuestra materia, describiendo y analizando los procesos de socialización primaria y secundaria desde la perspectiva de Berger y Luckman y dando cuenta, también, de la variación intercultural, con los aportes de Margaret Mead.

El tema de la clase de hoy remite al concepto de “identidad social”, cuál fue el desarrollo de este concepto y cuáles han sido los diferentes enfoques para su análisis.

Una primera definición de identidad la presenta como un proceso de sucesivas identificaciones apropiadas históricamente que le confieren sentido a un grupo social (Chiriguini, 2013). Estas identificaciones implican una aprehensión y reconocimiento de pautas y valores sociales a los que adscribimos y que nos distinguen de “otros” que no los poseen o comparten.

Hablar de una identidad social nos remite inmediatamente a otro concepto, aquel de “colectivo social”, por ende a un conocido binomio: Nosotros/Ellos.

Este proceso identitario conlleva una elaboración colectiva pero también nos remite al plano de las subjetividades de acuerdo a la experiencia individual, por lo tanto afirmamos que representar a una identidad colectiva no significa hablar de una homogeneización, ya que hacerlo significaría no dar cuenta de diferencias internas que puedan existir.

En las clases prácticas se enfatizó, desde el punto de vista metodológico, cómo se observan, describen e interpretan las identidades colectivas. Allí distinguiremos diferentes enfoques teóricos para su análisis, siguiendo la propuesta de María Cristina Chiriguini.

Desde los estudios sobre identidad cultural en los años cincuenta en Estados Unidos, que tenían como eje las particularidades de los inmigrantes, *la Psicología Social afirmaba que la identidad cultural determinaba la conducta de los individuos y como tal componía su identidad social, en tanto el conjunto de pertenencias de un individuo en el sistema social*. Es de destacar que estas identidades sociales o culturales se pueden desagregar en otras múltiples, tal como identidad de género, identidad sectorial, identidad étnica, etc.

Así, la identidad no sólo es una forma de clasificación entre nosotros/ellos, o incluidos/excluidos, sino también de representación y reconocimiento social.

Cuando la antropología comenzó con sus estudios en los centros urbanos es que visibilizó como cuestión central aquella de las “minorías étnicas o étnico/nacionales” y la necesidad de analizar sus diferencias, complementariedades y desigualdades en los contextos urbanos múltiples. Recomendamos ver en este sentido la película citada en la Lectura 7: “*Haz lo correcto*”, que pone en escena esa coexistencia en un barrio de Nueva York.

Es el escenario de la **identidad étnica, étnico/nacional**, al que vamos a describir e interpretar en esta clase en particular.

Varios son los enfoques de los últimos años con respecto a su definición, por citar algunos:

Un *enfoque esencialista*, verá a la identidad étnica como lo inmanente, sin modificación a lo largo del tiempo, a partir de cierto número de criterios considerados objetivos como el origen común (genealogía), la lengua, la religión, el vínculo con un territorio.

Un *enfoque subjetivista*, deja a la identificación centrada en los individuos. Cada uno cataloga y es catalogado, cada uno es libre de realizar sus propias identificaciones, entonces la identidad étnica deviene de una autoidentificación como diferentes a “otros”.

La *concepción relacional y situacional* la explicará como una construcción social originada al interior de los marcos sociales, determinando la ubicación de los agentes y orientando sus representaciones. El pionero de esta manera de ver a la identidad étnica fue Frederick Barth, caracterizándola como el *proceso que surge a partir del contacto interétnico*. Definió los *límites étnicos* como aquellas diferencias objetivas que los mismos actores consideraban significativas, siempre en situaciones de contacto o de confrontación. Su trabajo -aunque enmarcado en un esquema funcionalista- ha sido muy reconocido por lo dinámico, permitiendo pensar el fenómeno identitario desde la teoría de los sistemas.

Paralelamente, los interaccionistas simbólicos, retomando a Weber, quien niega a la identidad étnica otro contenido que el de la *acción política*, llevan al campo de las relaciones sociales el proceso identitario.

El marxismo tradicional no le dio trascendencia a la problemática de la identidad étnica, caracterizándola como una derivación de un conflicto de intereses de clase. Fue durante la Primera Guerra Mundial cuando Stalin presenta su trabajo sobre las nacionalidades, sobre *la autodeterminación de los pueblos*, centrado en un análisis culturalista donde los ejes de lengua, territorio y cultura eran los determinantes para delinear estáticamente las diferencias.

Cardoso de Oliveira definirá a la identidad étnica como la *forma ideológica que adquieren las representaciones colectivas, en un marco histórico y de contacto determinado*. Enunciará una situación conflictiva, donde existen relaciones de dominación/subordinación y presentará la posibilidad de dinamismo y transformación a través del concepto de *manipulación identitaria*.

Desde una posición neo marxista, Héctor Díaz Polanco, en 1985, propone relacionar a la etnicidad con el conflicto de clases, esto le da la oportunidad de quitar el componente estático al estudio de la identidad étnica y pensarla como un *componente dentro de las identificaciones de clase*.

Dolores Juliano (1992) plantea la construcción de las identidades étnicas o étnico nacionales girando alrededor de generar o mantener límites, como una *estrategia social y relacional que representa la elección consciente de un grupo de personas por alcanzar ciertos objetivos sociales para legitimar el posicionamiento en el espacio social*, manteniendo privilegios en determinados casos, cohesionándose y defendiéndose de agresiones externas en otros, excluyendo competidores de la estructura de poder como ejemplos de casos posibles.

Es interesante aquí recordar los conventillos en los alrededores del puerto de Buenos Aires, donde hombres y mujeres de diversos orígenes convivían y lograron construir una identidad colectiva, que muchos han descubierto, por ejemplo, a través del estudio de las letras de los poemas y tangos de esa época:

Cuartitos, cuartitos, cuartitos,

y nunca falta algo de barro.

Hay gente allí de todo el mundo árabes, españoles,

turcos, italianos, todos apiñados en un mismo patio;

y no faltan judíos de Lituania, y polacos, y galitzianos.

(Fragmento Poema “En el conventillo” de Jevil Katz)

Juliano menciona que un inconveniente muy común en los enfoques sobre identidades es el de confundir los mecanismos de la conformación de la identidad personal con la étnica, lo que se pone de manifiesto en escenarios de confrontación. Por ejemplo, trae a colación a catalanes y vascos luchando por sus reivindicaciones identitarias como tales enfrentados al gobierno español, pero llegado el momento de estar en el extranjero aceptan definirse como españoles.

Esta situación de enfrentamiento activa el sentido de pertenencia, fenómeno utilizado por los

gobiernos para derivar tensiones internas que podrían desestabilizarlos. Vale de ejemplo en Argentina cómo la Junta de Comandantes en la guerra con Inglaterra consiguió en 1982 apoyo popular para recuperar las islas Malvinas.

Y acá nos detendremos para ver **cómo se han desarrollado los procesos identitarios en nuestro país.**

En Argentina, el proceso de formación de una identidad nacional ha pasado por varias etapas, tal cual los movimientos de los grupos dominantes y referentes de nuestra historia.

En la **época colonial**, el modelo a seguir era el blanco y el cristiano, agregando que culminaba en una segregación lingüística hacia el castellano.

Pero era innegable la presencia de los indios, pobladores nativos que se constituían en un sector conquistado, diferenciado y obviamente estigmatizado como infieles al credo cristiano.

Cuando adviene **la independencia, entre 1810 y 1816**, se suman a ellos los negros, mestizos y mulatos, existiendo una fuerte corriente que propone la alianza con los criollos en contra de los españoles (ver textos Juliano y Ratier).

Se suceden varios hitos que marcarán el rumbo de este proceso identificatorio, tal como el Decreto de libertad de vientres, la propuesta de Belgrano de la entronización de un rey descendiente de los Incas, las ideas democráticas de Mariano Moreno.

No obstante, dichos proyectos emancipatorios e igualitarios serán vencidos por Buenos Aires, que se enfrentó a Artigas aliado con los sectores bajos de la población de la Banda Oriental y a Güemes y sus gauchos en Salta.

Luego del intervalo rosista en favor de gauchos, mulatos y negros, la **oligarquía unitaria** triunfa y el proyecto de identidad nacional cambia de énfasis, **surgiendo una identificación positiva de europeos, blancos y habitantes de la ciudad versus su polo negativo, indios, mestizos, gauchos, población rural y pobre.** Las ideas de Sarmiento oponiendo civilizados y bárbaros encontraron todo el apoyo de una clase social que se autoproclamaba representante del país en oposición a un “otro radical”, el indio.

Así, este grupo de poder controló económica y políticamente y legitimó el despojo de las tierras a los indios y fue corriendo a la población autóctona para permitir la inmigración europea, instalando las escuelas y a través de ellas imponiendo un proyecto identitario que significaba con determinadas características a estos sectores.

La identificación negativa se basaba en *juicios sobre presuntas patologías congénitas y/o psicológicas del pueblo*, modelo de explicación que ha servido de sustento ideológico a políticas oligárquicas (ver texto Juliano p. 58).

“Las ideas de alteridad se encuentran en directa relación con el proceso de construcción de **mitos fundantes nacionales**. En este contexto las narrativas pueden ser usadas como una llave para entender las complejas relaciones establecidas entre el imaginario y el otro. Definir los márgenes de la argentinidad implica también diferenciar y separar, definir también quién no forma parte, en definitiva, quién es el otro.” (Álvarez, S. “Indios, gauchos y negros, el otro en la literatura argentina del siglo XIX”. 2002)

Los interludios populistas de Irigoyen y más tarde los dos gobiernos de Perón re definieron el modelo de identidad propuesto, estableciendo la posibilidad de reconocimientos identitarios “desde abajo”, en contraste con la estigmatización oligárquica y el rechazo de los políticos e intelectuales europeizados. En ambos períodos históricos, esto se dio en un clima de intensa creación cultural, patentizada en movimientos como el avance del lunfardo y el tango y la vitalización del folcklore. Asimismo el fortalecimiento identitario de sectores obreros y campesinos, fuertemente identificados con el peronismo, y el nacimiento del sujeto histórico “descamisados”, erigidos como enemigos de una oligarquía “vendepatria”.

Tal como plantea Juliano, más allá de que siempre el estado promovió un modelo vertical de identidad argentina, los sectores populares han actuado vigorosamente para impugnar esos estereotipos negativos que se les adjudicaban.

Y acá nos detenemos en un concepto propuesto por Hugo Ratier, aquel de **patrimonio vivo**. Es muy interesante este concepto porque nos remonta a dos ideas bien antropológicas, por un lado la certeza de un patrimonio cultural “muerto” referido a objetos inanimados cuyo uso social hoy ya no está vigente pero que permiten reconstruir un pasado cultural y social, y por otro al de cultura actual, existente, viva. El concepto de **patrimonio muerto** también debe incluir la afirmación de que hay objetos que no han muerto naturalmente sino que han sido matados.

Tal cual veníamos desarrollando los enunciados de Juliano, Ratier también toma como punto de origen para el desarrollo de la identidad argentina a **los indios**.

Pobladores nativos de estas tierras sometidos por los colonizadores españoles en nombre del rey y que fueron la mano de obra para el saqueo extractivo. Homologados al término “salvajes”, tratados con violencia, comenzaron a formar parte del sector inferior de la incipiente nación. A la vez que de la evangelización, parte de agrupaciones religiosas fueron las responsables de la conservación de algunas de sus lenguas nativas, como el guaraní y el quechua, y también de algunas artesanías. Muchos de los elementos de su cultura -como las boleadoras y lazos- fueron tomados y recreados por los gauchos. El sistema de encomiendas los endeudaba con el monarca, fijándolos en el sector más subordinado de la sociedad. Sin embargo, en toda la extensión de lo que fue el Virreinato del Río de la Plata presentaban focos de resistencia, tal como en el norte de Chile, que ya había protagonizado luchas con el imperio incaico, la resistencia mapuche en el sur y un foco importante en Mendoza con los huarpes.

En la historia oficial, la representación del “desierto” es sumamente importante como el escenario salvaje del indígena. Esto en realidad contrasta, por ejemplo, con los mapuches y sus prácticas agrícolas ganaderas, sus tejidos y sus relaciones pacíficas y comerciales y en forma constante con tehuelches y galeses, cuestión que se ve abortada con el avance de la **campana del desierto**.

En términos de Ratier, podrían distinguirse *dos proyectos en el trato del indígena*, uno -encarnado por el coronel Álvaro Barros- que proponía la asimilación de las poblaciones nativas al estado nacional para que se incorporaran a la organización de las colonias agrícolas, ya que tenían experiencia en tareas agropecuarias; y otro, la simple aniquilación, postura que resultó vencedora y con ella se logró la **exclusión del indio del proyecto de nación**.

Por su parte, **el gaucho** es un actor social que forma parte, por excelencia, del **patrimonio vivo** y que hoy comparte un lugar preciado junto a otros símbolos de este como la bandera, el escudo o el himno

nacional.

Pero no siempre fue así. En un primer momento se lo connotó como vago y delincuente, con aptitudes de manejo de las manadas de ganado cimarrón en todo el territorio rioplatense y por ende deambulando por la llanura, habiendo incorporado muchos elementos de los indígenas como el lazo y las boleadoras mencionados anteriormente. Sin pertenecer a ningún patrón de algún establecimiento ganadero, era representado como **bárbaro** por la élite. Recibía motes peyorativos y como agente social estaba totalmente desvalorizado. Pero fue en el momento de las invasiones inglesas que se produce una **resemantización** de su representación, ya que tuvo un papel muy importante en la lucha cuando los españoles se retiraban del campo de batalla. Una milicia en el campo bélico sin uniforme y con poncho y chiripá.

La figura del gaucho pasa a ser el enemigo de España, da origen a la literatura gauchesca y comienza a dar forma a ese mito de los hombres de Martín Miguel de Güemes, que en el norte habían defendido a la patria con su vida. Con el crecimiento de los poblados, el gaucho va perdiendo fuerza, los asentamientos agrícolas se van alambrando y ya no hay lugar para ese hombre solitario. Sin embargo persisten en los peones de campo resabios de su patrimonio que se cristalizan en prácticas laborales y de esparcimiento. Una nota de interés es la gran cantidad de datos y fuentes que hay en la literatura, más que en historiadores y antropólogos (Bioy Casares, Borges, para mencionar algunos).

Entre los años 1930-1940, época de guerras, disminuyó notablemente la inmigración europea y en pleno proceso de sustitución de importaciones se debió recurrir a las **migraciones de otras provincias** a las grandes ciudades.

Aparecen en la zona portuaria, interpelando a los porteños, hombres de piel oscura denotando una ascendencia indígena. Peyorativamente se los llamó **cabecitas negras**, y la élite les dio un lugar en la tapa del diario La Nación como **aluvión zoológico**. Adscribieron al movimiento peronista y como tales se convirtieron en actores políticos de una nueva forma de participación en la nación. El **bombo** y la **marcha** forman parte de ese patrimonio vivo, y a pesar de que en un momento fueron prohibidos, encontraron refugio en las canchas de fútbol y la categoría de cabecita negra se instaló como una clasificación social. En la oratoria interna se distingue al “**hermanito del interior**”. Su habitar en viviendas precarias a la espera de una política habitacional se vio truncada y los cambios políticos posteriores instalaron en forma permanente esos ghettos, **las villas miseria**, desde donde sintieron la marginalización de la población que las circundaba y el estigma migró desde cabecita negra a **villero**.

En el contexto de industrialización, **el obrero** adquiere importancia. Los sindicatos salen de la clandestinidad y sus dirigentes pasan a tener relevancia en la historia del país, y el patrimonio vivo de las clases subalternas comienza a ser rescatado por las ciencias sociales. Un acontecimiento como el 17 de octubre es motivo de análisis y motivador de expresiones del arte, como la música y el cine. Así, el patrimonio salta de la política al fútbol, del fútbol al carnaval. Tambores y redoblantes no faltan y es tema antropológico no “rescatar” el patrimonio muerto, sino “recuperar” el **patrimonio vivo**.

En la próxima clase y en el marco del tratamiento de las clasificaciones identitarias, continuaremos con el concepto de raza y su asociación con los procesos de racismo, prejuicio y discriminación.

Bibliografía citada

Álvarez, S. (2002) “Indios, gauchos y negros, el otro en la literatura argentina del siglo XIX”. *Desde el fondo*. Publicación N° 27. FTS. UNER.edu.ar

Barth, F. (1976) *Los grupos étnicos y sus fronteras*. Ed. FCE. México.

Bartolomé, M. (2006) “Discontinuidades en América Latina”. *Revista Toda Vía*. Buenos Aires.

Cardoso de Oliveira, R (2007) *Etnicidad y estructura social*. CIESAS, México.

Chiriguini, M.C. (2004) “Identidades socialmente construidas”. En *Apertura a la Antropología*. Proyecto Editorial. Buenos Aires.

Díaz Polanco, H. (1985) *La cuestión étnico nacional*. Ed Línea. México.

Katz, J. (2004) “En el conventillo” Poema. Bs.- As.

Weber, M. (2014) *Economía y Sociedad*. FCE, México.